

# CUENTO

1er. Lugar

## *Otra vez reptado en tus rodillas acariciándote con la misma lengua blanca*

A las tías de Guillermo Samperio

Por Elsa Castro Rea

Llegamos. Mi tía la de nombre olor tabaco abre su sonrisa de puerta hueca. Entre besos y saludos mamá carga la tarde en su collar, las miradas largamente frías y el sabor a encierro de cada figurilla de porcelana.

Yo, el aliento que vertieron en mi cara los labios opalinos, la mesa y el espejo amarillento, el tapete raído y mis manos sepultadas en las bolsas del abrigo arañándose las piernas.

Me conducen a la estancia.

Todo sigue igual, la vela tiritante en la repisa, el interminable tejido ensartado en las agujas colgando del sillón.

Mi tía reparte vasos; el que me pertenece lo coloca en la mesita frente a mí.

No tengo sed.

Ellas, frente a frente, la anfitriona con gesto de mecedora, acariciando el rosario que pende de la cintura en la falda larga y mamá junto a mí, en mí, por mí, desde mí, conmigo...

Beben mientras charlan a gritos.

Mi tía repite que es un líquido dulce, que lo tome. Mamá me ordena con la mirada.

Acerco la mano lentamente mientras el humo del cigarro rodea a la luz.

Derribo el vaso y se forman pequeñas olas entre un perrito de alabastro y una lámpara encendida.

Mi brazo es agredido, al mismo tiempo siento la palpitación del odio en mi cuerpo. Los cuatro ojos me miran demasiado cerca.

El odio sabe agrio, lo escupo, me acorralan en un rincón, pero ahí está el tejido, la aguja relampagueante, manos y risas, lámpara y noche, aguja y sangre que escurre por su cara y el ojo descansa en el tapete.

El perroalabastro sacude la melena, se yergue aletargado, lentamente abre los ojos y las largas pestañas derriban el espejo, el calendario polvoriento, la vitrina acogedora de figuras arcaicas de pastel y frutas con órbita de mosquitos, sus garfios en pesado chapoteo arañan la mesa, desciende en blanca posma, se acerca exacto, olisquea como fuelle los blanquísimos brazos de mi tía y le muerde las corvas viejas, estúpidamente gritonas. Los limones y las peras ruedan incansables.

El perro y yo nos conocemos bien, los dos nos escondemos detrás del color alabastro para restregarles en los ojos lo que nos disgusta, es la sombra lo que más odiamos, así como mi vestido blanquísimo y su lengua blanca.

Las desnudamos, las tiernamente acostamos, le abro a mamá la boca hasta que las quijadas le truenan y le introduzco una manzana.

Mi tío sigue llorando sangre, se retuerce con espasmos de perro, se asoma entre sus piernas abiertas un pedazo de espejo amarillento y las últimas cuentas del rosario desgastado por las horas ociosas.

La aguja relampaguea y el perro me la acerca en su hocico. Tomo el vaso, la aguja se quiebra tratando inútilmente de penetrar ombligos del tamaño de un peso. Por fin la aguja entra en un vientre que estalla tenso, con sonido seco y

oscuro, apagado. Derrama líquido dulce, aprovecho para llenar el vaso. No ha pasado nada, el vaso sigue lleno.

No tengas cuidado, le dice mi tía a mamá y se pierde tras una puerta.

Mi brazo es agredido.

El perro desde la mesa me mira, también mamá, mi tía reaparece con un trapo de cocina entre las manos. Ahora sí tengo sed.

La mesa aún gotea, de líquido dulce.